

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 23 de Enero de 1930

Núm. 357

La estrella que guió a los Reyes Magos

Desde las tierras babilónicas o, quizá, desde los lejanos confines pérsicos, emprendieron su partida los tres augustos peregrinos. Les guiaba una estrella que, aun en el día, ostentábase luminoso porque no perdieran la ruta. Una estrella que era, en la noche, como una hermosa lámpara colgada de los cielos. Vaso fulgurante, maravilla de divino orfebre que no se hizo para apresar el haz cegadora de su viva luminaria, sino para tamizarlo e irradiarlo al través de los áspersos caminos por donde cabalgaban los Magos. Esmeralda riquísima con que, a la par, enjoyábase el firmamento, y a cuyo lado palidecían las brillantes preseas de la noche...

Acaso Marte, Júpiter y Saturno, obedientes a un supremo designio, fundiéronse en la estrella orientadora para, juntando sus luces, comunicarlas a la tierra, señalando los senderos de Belén, a los tres esperanzados caminantes. Luces que se entrecruzaban con las que la fé encendiera en los corazones de Melchor, Gaspar y Baltasar, preñados de la gran epifanía. Luces que bajaban de los cielos a las almas y que de las almas ascendían a los cielos. Nunca han vuelto a ver los siglos una estrella que obscureciese a la estrellagufa de los Magos. Nunca esplende sino en estas vísperas que conmemora el mundo cristiano. Sólo entonces arde la divina lámpara en las alturas e ilumina las sendas tradicionales. Aquellas por donde, seguros de haber escuchado la voz interior, repercutiendo desde lo infinito, sustentadora de su fé, Melchor, Gaspar y Baltasar llegaron hasta el portal de Belén para adorar al Hijo del Hombre, para ofrecer el primer ejemplo de humildad en los poderosos, que así abatían su realeza ante la sublime la realeza de realezas presentida en aquel Niño, nacido, de un modo tan edificante, en un misero establo...

Desde los remotos tiempos augurales, ya es sabido cómo la visita de los Reyes Magos a la tierra se cumple año en año, religiosamente. Aderézase el nocturno vespéral de su mejor topacio y tornan a iluminarse las rutas de la tradición como una nueva—aun tan vieja—vía sacra. Cabalgan los regios caminantes, en recuerdo perenne de la fiesta de la Adoración, y sólo por amor al Niño de Belén rinden, un tributo cordial a los demás niños. La estrella de Oriente esparce por la tierra luz de fantasía; penetran sus hilos sutiles hasta el fondo de las tiernas imaginaciones, alumbrando el sueño infantil y lo irisa; es cuando la espléndida esmeralda, encendido su rayo verde, refleja este color de esperanza en las almitas de tantos niños, a la hora feliz de sus mejores ensueños...

Y, sin embargo, pareció, una vez, que la estrella se eclipsaba en parte para dirigir el haz de su luz hacia los te-

rrados de los alcázares y los cimborrios de las próceres mansiones donde toda grandeza y toda comodidad tienen su asiento. En su zona de obscuridad quedaban los refugios de la pobreza, los albergues de los menesterosos, lo que más y mejor podía recordar el misero establo donde nació el Hijo de Dios. No sabemos si fué un fenómeno de óptica en los augustos distribuidores de agasajos entre la tierna grey o sí, traducido el hecho al orbe de las prosaicas realidades de la vida, fué un fenómeno social, de desequilibrio, de desnivel, y desde luego, de olvido de las sublimes prédicas del Divino Maestro. (Aquél que naciera en cuna tan humilde para ejemplarizar a los humanos. Aquél que aceptó el sacrificio de la Cruz por la salvación de la Humanidad...)

Dichosamente, ha vuelto a expandir sus claridades la lámpara que orientó a los Reyes Magos. Vivimos tiempos más equitativos, tiempos en que la estrella de Oriente ha vuelto a lucir con toda esplendor. Cabalgan rumbo a la tierra los egregios peregrinos y traen grandes convoyes. Su generosidad sacia todas las ambiciones infantiles. Vuelcan tesoros sobre el mundo y cargan sus acémilas de cuanto prende el interés de los niños en sus ansias de juego y posesión. Siguen las rutas más extensas. Pasan, no ya por los lugares donde el hartazgo produce tal vez el tedio, sino también por los suburbios ávidos del goce de la alegría de vivir. Y son mensajeros de esta alegría con la que llegan hasta los corazones de la infancia.

Ya, Cenicienta, no llora la pérdida de su chapín. Ya, el lustroso zapatito charolado y la tosca abarca, se unen como a un conjuro franciscano que hablara de la hermandad entre todos los seres y cosas de la Creación. Ya, no hay despechos por olvidos en la dádiva ni orgullos por selecciones de la suerte. El niño pobre percibe, como el niño rico, las huellas del paso de sus tres bienhechores, Melchor, Gaspar y Baltasar. Y hay un día de igualdad en el mundo, un día más puro, porque se consagra a la pureza del afán de los niños. Es el día—de eterna recordación—que conmemora el nacimiento del Mesías. El establo de Belén ejemplarizó por los siglos...

Víspera de Reyes.

Luce en la noche una estrella como una hermosa lámpara colgada de los cielos...

BENITO MARIN

El hado de los ambiciosos

Los placeres de Downville (California) que desde el año 1852 al 1860 dieron más de cincuenta millones en oro, se descubrieron gracias a un faisán contra el cual disparó un cazador. En vez de dar en la pieza, la bala arrancó un quijarro, recogido por el cazador, resultó ser una pepita de la mejor calidad.

Un día de agosto de 1873, cierto cow boy, persiguiendo un caballo fugitivo cayó al suelo

por haber tropezado su montura en la madriguera de un perro de las praderas (especie de marmota). Al levantarse, malherido por la caída, vió ladrando a lo lejos un animal de este género y tomó una piedra para tirársela; pero la piedra se le quedó pegada a la mano, porque observó de pronto que estaba surcada por venas de oro nativo. Puede decirse, por lo tanto, que el rico filón de Lawe-Valley fué descubierto gracias a un acceso de cólera. En el año 1852 salió de Francia en busca de oro un sastrero llamado Benott, el cual, en compañía de varios compatriotas, se estableció en un valle próximo a Georgetown donde pasó varios meses trabajando inútilmente, sin encontrar oro porque los yacimientos estaban tomados. Enfermó, y descorazonado, decidió regresar a su partida, se echó a dormir la siesta sobre el pasto. Al poco rato se despertó con una alegría desbordante. Había soñado con una mina riquísima, pero la triste realidad lo volvió a sumir en la desesperación. De improviso, sus miradas se fijaron en algo amarillo que brillaba en el pasto. Dirigióse rápidamente hacia el punto luminoso y puso la mano sobre la pepita de oro más grande que se ha descubierto hasta hoy en América. Bajo ella había un verdadero lecho de oro.

Winie d'Scott Stratton, el borracho más incorregible de Colorado Springs (Estados Unidos), decidió un día ir en busca de oro a las montañas Rocosas, pero allí nadie quiso asociarse con él. Expulsado por la patrona de la casa donde se albergaba aceptó la hospitalidad de dos pobres irlandeses que compartieron con él su choza y su pan, y no tardaron éstos en ver recompensada su generosidad, porque Stratton descubrió un filón que daba 200.000 pesos de oro por tonelada. En dos semanas, el empedernido bebedor enviaba a la fundición de Denver un tren de mineral que le producía un beneficio neto de dos millones de pesos.

Dos alemanes, los hermanos Grosh, descubrieron en la Nevada, un placer bastante rico para ser explotado por una compañía. Uno de ellos marchó en busca de capitales y el otro se quedó guardando el «claim», pero el primero murió de frío y el segundo de gangrena. Entonces ocuparon el sitio dos irlandeses, sin sospechar su importancia, pero se les asoció un individuo llamado Comstock, tan pijo como borracho, el cual exigió dos tercios de los productos de la mina que más tarde se llamó Comstock Lode, y produjo en treinta años más de dos millones de pesos.

Algún tiempo después, otro borracho, James Finney, más conocido por el mote de Viejo Virginia, descubrió en los mismos parajes una segunda mina de oro, que vendió inmediatamente por millón y medio. Todos estos individuos tuvieron un fin desastroso. Los dos irlandeses murieron locos, y Finney falleció de un acceso de «delirium tremens».

Los vidrios invulnerables

El vidrio que no se astilla es un cuerpo de visión clara, sin alambre de refuerzo en su textura y de apariencia idéntica a la del vidrio común. Su uso está ya vulgarizándose en la industria norteamericana de automóviles, para los parabrisas y ventanas. Este tipo de vidrio, cuya fabricación señalamos más adelante, consta de tres capas. Las dos exteriores constan de dos planchas o láminas del vidrio más fino. La interior es una composición aglutinante que se conoce en el comercio bajo el nombre de piroxilina plástica.

Es esta una hoja de material celuloso perfectamente transparente como el celuloide. La fabricación se efectúa de la siguiente manera: primeramente se cortan dos planchas de vidrio y una hoja de piroxilina plástica del tamaño y de la forma del parabrisa o ventana. Tanto las dimensiones como el corte deben ser exactos, pues una vez terminado el diseño no puede alterarse su tamaño. Las tres láminas se unen y pasan por diez y siete procedimientos distintos, incluso uno de esmerada limpieza. El prensado, en prensas enormes que ejercen muchas toneladas de presión so-

bre cada partícula de vidrio; el esmerilado y bruñido al calor, y el sellado. De todas estas diferentes operaciones resulta una unión perfecta de las tres capas soldadas, de manera que forman, prácticamente, una sola lámina de un grueso análogo al del parabrisa ordinario de vidrio.

Interesantísimo es el procedimiento del sellado. Examinando atentamente una plancha de este vidrio se nota un sello delgado y negro a lo largo del centro de cada canto. Es ésta una composición especial, integral del producto aplicada exteriormente a las juntas de las tres capas. Mientras no se quiebre este sello, el vidrio resistirá cualquier temperatura o vibración. Excluye todos los elementos que arruinarían las características esenciales de seguridad de este vidrio, en caso que pudieran entrar en el sello.

Nótese, sin embargo, que este vidrio no es irrompible, pero no se astilla y en ello reside su gran diferencia y superioridad al vidrio común.

Si se verifica un choque, este vidrio no se destroza ni produce astillas, porque la capa interior flexible, se mantiene apretadamente junta a las capas exteriores. La plancha entera cede al choque. Así, por ejemplo, un parabrisa se combó cuatro pulgadas sin destrozarse; el vidrio fué rayado como una capa de hielo herida por una piedra; no produce cantos cortantes o mellados; no produce astillas porque los fragmentos de las dos capas exteriores no pueden despegarse de la capa interior.

La seguridad que ofrece este vidrio al automovilista, es su ventaja más notoria, al considerar que más del 65 por 100 de las heridas producidas por los choques de automóviles son causadas por el vidrio astillado. Según informaciones de una compañía de seguros norteamericana, que formó una estadística para determinar el porcentaje de las heridas causadas por el vidrio destrozado en los accidentes de automóviles, puede afirmarse que tal porcentaje concuerda con el ya citado 65 por 100.

Historias fabulosas de los grandes diamantes

EL MISTERIO DE LAS JOYAS DE ORIENTE

Cada una de las grandes joyas que existen en manos de los hombres tiene una historia que, por lo fantástica, se acerca más a la leyenda que a la realidad. Son, las de Oriente, joyas que poseen un misterio especial, y parece que la mágica fascinación que ejercen sobre sus poseedores, dura de modo oculto en ellas, desde los tiempos en que los hombres se mataban unos a otros por causa de esas fatales y brillantes piedras.

Desde Oriente han cruzado los continentes y la historia de su paso es muchas veces un libro cerrado. Las órbitas vacías de los ojos de los ídolos de los remotos santuarios indios y las joyas de las coronas de algunos monarcas europeos son testimonios de dónde vinieron y adónde han ido a parar.

Su edad no se calcula por los procedimientos ordinarios. Sobre el brazo de una dama inglesa, dice lord Macaulay, puede que brille una joya que presenció el saqueo de Roma por Alarico y que contempló antes, ¿por qué no?, los tesoros de los palacios de los Faraones y de Darío, o los campamentos de los Tolomeos; que vino a Europa adornando la garganta de la esposa vulgar de un procónsul, para resplandecer en las carnicerías de los circos; que luego pasó, en un carro godo arrastrado por bueyes, a un serrallo árabe de Sevilla, y que vuelta otra vez a la India, para figurar en el trono, en forma de pavo real, del gran Mogol, más tarde fué comprada por un armenio en unas cuantas rupias a un soldado inglés, viniendo al fin a parar a Inglaterra.

LA LEYENDA DEL «KOH-I NUR»

El célebre «Koh-i-nur», que perteneció al rey Eduardo VII, tiene una historia novelesca y que alcanza a cinco mil años: el diamante Orloff y la Luna de las Montañas, ambas joyas de la ex corona de Rusia, tienen también un pasado igualmente remoto, siendo reliquias de los grandes

